

LIBROS

Reflexión sobre la tolerancia

A veces, uno deplora que la puesta al día de los mecanismos de asimilación vaya borrando poco a poco el sagrado escalofrío libertario que ha rodeado durante siglos a ciertos nombres. Los ingenuos consideran conquistas frente al oscurantismo lo que no son sino refinamientos de la capacidad neutralizadora del orden. El tiempo, invento y principal colaborador del poder (algo que los historicismos optimistas nunca acaban de digerir), embota eficazmente las lanzas con las que un día acometieron los guerrilleros del espíritu; empero, más allá de la eficacia muerta de su proclama o su denuedo, queda el fulgor subversivo, ya sin asidero, de su firma: ¡Voltaire! Nada ha doblegado el embrujo de ese nombre que es susurro y es bandera; ni los años, que todo lo rinden; ni las revoluciones posteriores de sangre y de teorías, ni la propia humillación de quienes ya lo hemos visto todo y de todo debemos burlarnos. Con patetismo ingenuo, necesario, uno quisiera decir: "Consiento en perderlo todo, en no tener ya ningún tanto que apuntarme, en que todos sean de los vuestros; pero, al menos, Voltaire será siempre de los míos...". Por eso uno ve la libre circulación en España de las obras de Voltaire con desazón y con escándalo, viva prueba de que toda esperanza está puesta en falso y comprobación, sin embargo, de que sigue siendo esperanza.

El escrito que hoy se presenta es mucho más volteriano por su título y por la circunstancia histórica que lo motiva que por su contenido mismo: se trata del "Ensayo sobre la tolerancia", publicado en 1763 (1). Recuerdo brevemente al lector la circunstancia histórica a la que aludo: se trata del llamado "affaire Calas", falsa acusación de asesinato contra un hugonote al que se atribuyó el ahorcamiento de un hijo suyo católico; por móviles religiosos. Voltaire tomó el caso como exponente típico de hasta qué punto el fanatismo doctrinal puede alterar la función de la justicia y las más generales normas de conviven-

(1) Y no en 1757, como erróneamente se dice en el prefacio del libro, página 11. El "Ensayo sobre la tolerancia", de Voltaire, ha sido traducido por José Antonio López de Letona y editado por Ediciones del Centro, Madrid, 1975.



Voltaire.

cia; escribió panfletos y memorándums, reunió firmas y llevó a cabo una labor de hostigamiento de los poderes públicos para que se esclareciera la verdad, haciendo un papel parecido al de Zola en el asunto Dreyfus o el de Bertrand Russell contra la bomba atómica y la guerra de Vietnam. La redacción del "Ensayo sobre la tolerancia" marcó uno de los momentos cumbres de su campaña. En él recoge los casos más sangrantes de persecuciones religiosas y los opone a las muestras de tolerancia que las naciones más avanzadas en cultura —griegos, romanos, judíos— han sabido dar a lo largo de su historia. También

recoge numerosas exhortaciones al respeto ideológico de Jesucristo, padres de la Iglesia y pensadores ilustres, como Locke. Esta acumulación de datos no es hoy demasiado significativa y, desde un punto de vista histórico, adolece de una evidente unilateralidad de planteamiento. Lo importante es el énfasis mismo hecho en la tolerancia, el rango que alcanza este concepto de fundamento inexcusable de una comunidad libre y de una vida intelectualmente sana. No se trata de una simple recomendación para suavizar el trato a los disidentes ni mucho menos de la exigencia —tan fundamental, por otra parte— de que la ley esté por encima de las divergencias de credo. Al reivindicar la tolerancia como su objetivo máspreciado, los ilustrados del siglo XVIII pidieron carta de ciudadanía para ese algo que en el individuo permanece inlegislado e inlegislable: un algo que concentra la fantasía y la crítica, la utopía y la veneración, un algo sin lo que el hombre se convierte definitivamente en esclavo y sin lo que la vida es una condena irrefutable.

Hoy miramos la exigencia de tolerancia como una reivindicación aparentemente "blanda", frente a otras más urgentes y radicales. Según este punto de vista, la tolerancia habría sido subversiva en el siglo de las luces, como corrosivo para acabar con el poder de la Iglesia en que se fundaba el absolutismo

de los Reyes, pero hoy ya ha perdido gran parte de su fuerza y su sentido. Incluso se habla de una "tolerancia represiva" (Marcuse) o se ve en el aumento de tolerancia un crecimiento de la eficacia en los medios de neutralizar lo libertario, tal como yo mismo he señalado al comienzo de este artículo. Pero creo que lo mucho de cierto que hay en todo esto debe ayudarnos a replantear la noción de tolerancia, pero no a postergarla o minimizarla. Ya no podemos defender la tolerancia con los argumentos de Voltaire, pero debe seguir siendo para nosotros lo que fue para él: fundamento de la comunidad racional y libre. El crecimiento del prestigio del Estado incluso entre quienes lo atacan en sus formas actuales devuelve a la reivindicación de la tolerancia su plena dimensión liberadora. La tolerancia es el reconocimiento del derecho a no creer: a no creer en la religión establecida, en la ciencia establecida, en el orden establecido, en la revolución establecida, en la sexualidad establecida, en el sentido común establecido... Hasta que la comunidad no recupere (o conquiste) un fundamento impecable, hasta que no se borren las diferencias y todos seamos realmente uno, permaneciendo diversos, todo orden es externo, impuesto y por tanto no puede pretender dominar hasta el fondo. No hay consideración de orden público o estrategia revolucionaria que justifique el castigo de

MEDIO SIGLO DE ESPASA-CALPE

El penúltimo día del año 1975 se han cumplido los cincuenta años de la fundación de Espasa Calpe, resultado de la fusión de José Espasa e Hijos con CALPE (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones). La nueva sociedad tenía un capital de diecisiete millones de pesetas y su domicilio social en Bilbao.

No son pocas las empresas culturales y editoriales que, de una manera u otra, están relacionadas con el nombre de Espasa-Calpe. Espasa contó en sus orígenes con la colaboración de Manuel Salvat (cuñado del fundador), que luego lanzaría la editorial de su nombre. Calpe tuvo entre sus fundadores a José Gallach, creador del Instituto Gallach.

El nombre de Espasa va ligado al monumental diccionario, así conocido popularmente (su nombre: Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana). Obra insólita en el panorama editorial español, ante la que Ramos-Oliveira se preguntaba: "¿Cómo ver sin asombro que España, la nación de mayor coeficiente de analfabetismo en Europa, haya dado a las prensas una obra del rango de la enciclopedia Espasa, única en el mundo por su lujo y por sus dimensiones?"

Calpe no habría sido posible sin la extraordinaria personalidad de don Nicolás María de Urgoiti, hombre clave de La Papelera Española y promotor, junto a Ortega y Gasset, de la gran aventura periodística de "El Sol" y "La Voz". Urgoiti se enfrentó al problema de superproducción creado a La Papelera Española por el término de la Gran Guerra con la inteligente medida de lanzar empresas propias que absorbieran los excedentes. Calpe fue una de ellas. Nacida

con un capital de doce millones, publicaba sus primeros títulos en el verano de 1919. Todos pertenecían a la que sería la más popular de sus colecciones: la Universal, dirigida por el entonces civil Manuel García Morente. Ortega dirigió la de "Ideas fundamentales del siglo XX"; Dantín Cereceda, la de Geografía, Historia y Viajes; Bello, la de "Escritores contemporáneos"; Cajal, Madinaveitia, Pittaluga, Lafora y Goyanes llevaban Biología y Medicina; Torradas, Ingeniería, etcétera.

La Universal, colección pionera en España de las actuales ediciones de bolsillo (1), se inició con un título de Kant: "La paz perpetua".

El 21 de mayo de 1922, "El Sol" daba la noticia de un acuerdo que sería importante: Calpe colaboraría con Espasa en la realización de la enciclopedia y distribuiría la obra. Así se sentaban las bases de la futura fusión. Una de las consecuencias de ella fue la construcción de la Casa del Libro en Madrid calle Pi y Margall, 7 (Gran Vía), donde también por aquellas fechas (verano de 1923) comenzaba la "Revista de Occidente". Espasa-Calpe tuvo una decidida política americana, y en una de sus cabezas de puente, Buenos Aires, comenzaría la Colección Austral, sucesora de la Universal, muerta en su país madre cuando lo inundó el pleamar de violencia de la guerra civil. Hoy la Austral ha sobrepasado los mil quinientos títulos y a los tres millares llegan los títulos de Espasa-Calpe, que parece buscar un público más mayoritario después de este primer medio siglo de vida. ■ VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

(1) Sobre el tema de los libros de bolsillo puede verse mi trabajo en el número 469 de TRIUNFO.